

Domingo I Adviento. Año C

Lectio divina sobre Lc 21,25-28.34-36

Iniciamos un año litúrgico. En él volveremos de nuevo a recordar cuanto Dios ha realizado en nuestro favor a lo largo de toda la historia, como Señor de ella que es. Así podremos imaginarnos mejor lo que estaría dispuesto a realizar por nosotros en nuestra pequeña historia, si le permitiéramos ser señor de ella. Esta memoria del Dios que fue para bien de los hombres y del Dios que puede ser para nuestro bien, nos debe conducir a una acción de gracias mejor motivada que nos lleve a una conversión a Él más permanente. Y comenzamos, como cada año, con el tiempo de Adviento, en el que la iglesia quiere educarnos a vivir en la espera ilusionada del Señor que se acerca y en la vigilante preocupación por adelantar ese momento, su 'hora'.

Sirviéndose de la imaginería apocalíptica, y teniendo aún ante los ojos la caída reciente de Jerusalén, Lucas anuncia la venida del 'día del Señor' como una gran catástrofe cósmica: los acontecimientos serán tales que el miedo se adueñará de los hombres. Solo los discípulos se sabrán al seguro: quienes esperan al Señor reconocerán que ha llegado su salvación. El día de la catástrofe ellos levantarán cabeza, siempre que ya desde ahora vivan despiertos: su espera les impone vigilia; no gozar ya de la presencia de su Señor les obliga a renunciar a cuanto de Él pueda separarles. La oración continua les aliviará la espera: el discípulo que ora vive preparado y recibirá de pie a su Señor. Quien espera a su Señor no teme ni las catástrofes actuales ni el retraso de su venida: le aguarda deseándole y, mientras le desea, renuncia a cuanto no es Él sin renunciar de la alegría de vivir.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«²⁵Habrán signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje. ²⁶Los hombres quedaran sin aliento por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues los astros se tambalearán.

²⁷Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y majestad.

²⁸Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza: se acerca vuestra liberación.

³⁴Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida, ³⁵y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra.

³⁶Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir y manteneros en pie ante el Hijo del hombre.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El así llamado 'discurso escatológico' (Lc 21,5-28) cierra el ministerio público de Jesús en Jerusalén, y lo hace de modo especialmente dramático: anuncia la destrucción de la ciudad y su templo (Lc 21, 5-24) y predice la venida del hijo del hombre (Lc 21-25-38): el fin de 'un' 'mundo ha de preceder la irrupción del nuevo. Jesús, que ha llorado al contemplar la ciudad por la que tanto se ha desvelado Dios (Lc 19,41-44), reacciona ante la admiración que causa la magnificencia de un templo que se está reconstruyendo (Lc 21,5-7): no serán las piedras existentes sino el hijo del hombre que ha de llegar aún quien merece toda confianza.

Nuestro texto evangélico (Lc 21,25-28.34-36) se centra en el evento conclusivo: la próxima venida del hijo del hombre impone vivir en estado de vigilia permanente. No es la primera vez que Jesús lo ha hecho (Lc 12,35-48; 17,20-37); ahora, su advertencia es pública (cfr. Mc 13,1-4) y más perentoria. Precedido por la ruina estrepitosa del 'viejo' mundo, el pavor en la humanidad y la conmoción cósmica, el hijo del hombre se hará presente ejerciendo un enorme poder. Su llegada, que precipitará el final del mundo, llenará de coraje a quienes lo esperaban. Lejos de ser temible, cuanto se espera – ¡no un nuevo mundo, sino un hombre nuevo! – será motivo de alegría: que el salvador esté cerca señala la cercanía de la salvación definitiva.

Con todo, esta buena noticia comporta una seria advertencia: la seguridad de que está por llegar el salvador no ha de dejar inactivos a quienes lo esperan. Como está por venir, se le ha de esperar en pie, con la cabeza bien alta. Saber que viene el hijo no les debe quitar el sueño ni agobiar durante el día, pero no pueden pasarse los días viviendo soñolientos o indolentes. Despiertos y vigilantes desea siempre a sus siervos el Señor que está por venir (Lc 12,37).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Creo que lo primero que deberíamos hacer hoy es preguntarnos si este obligado vivir esperando al Señor no nos cae alguno grande, si no nos parece algo superfluo o del todo inútil. Es verdad que todos nos deseamos días más tranquilos, anhelamos vivir sin tener que angustiarnos por el porvenir, soñamos con liberarnos de los problemas que nos preocupan; ¿quién no se ilusiona con alcanzar, como nos promete el profeta Jeremías, ese tiempo donde nuestra justicia sea nuestro Dios. Pero la realidad que experimentamos día a día contradice tanto nuestros mejores deseos que nos llega con frecuencia a desesperar: ¿quién nos podrá devolver el entusiasmo en la fe? ¿cómo lograr mantener la ilusión en esta vida?

Sin negar que un gran problema de nuestros días es que, al parecer, existen en nuestro mundo más razones para el desánimo que para la esperanza, sin ocultarnos que existen entre nosotros un gran número de personas 'acabadas', hombres y mujeres a los que se les ha arrebatado la esperanza, incapaces de imaginar y realizar algo nuevo, sin encanto y sin capacidad de encantar, nosotros, los creyentes, y sólo porque aún esperamos a nuestro Señor Jesús, tenemos razones para mantenernos confiados y alimentar la ilusión en el hombre y en nuestro mundo. Y tenemos esas razones, no porque nos las demos, porque nazcan de nuestras posibilidades o nos las podamos procurar. Tampoco, mucho menos, porque nos las den los demás. Las tenemos porque Dios nos la ha asegurado: tiene que valer mucho un mundo en el que Dios quiere hacerse presente. Merece nuestros respetos, y nuestro cariño, un hombre del que Dios quiso hacerse semejante. Si Dios está empeñado en acercársenos, todavía le significamos algo. Y si algo valemos en su presencia, todavía tenemos razón en valorarnos un poco más. Si Dios espera aún algo nuevo de nosotros, hay motivos para no desesperar ni de nosotros mismos siquiera.

Dios estará cerca de nosotros, siempre que intentemos acercarnos más a Él. Con sus ganas de estarnos cerca, Dios nos garantiza la ilusión en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestro corazón., si le garantizamos que en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestro corazón ya le estamos ya esperando. Esforzándonos por vivir ya como si Él estuviera entre nosotros, haremos más soportable su ausencia y nos prepararemos mejor para reconocerle cuando venga; esforzándonos por trabajar por la paz, sin condenas del otro y con sufrimiento propio - la paz no se da sin dolor; y sólo quien da la paz la mantiene-, encontraremos la tranquilidad Él está dispuesto a darnos, cuando venga.

El evangelio nos habla hoy de esta venida cierta de Jesús. Es verdad que su forma de hablar nos ha podido resultar extraña: mencionar signos en el sol y la luna, estruendo en el mar, potencias celestes que caen por tierra son imágenes que no nos dicen mucho. En compensación, entendemos mejor esas otras expresiones que hablan de la angustia de las gentes y de miedos que matan todo aliento, de agobios ante un futuro poco prometedor. En una época como la nuestra, en la que nuestra vida depende de tantos imponderables, de decisiones que nos son ajenas, de programas políticos que no hicimos nosotros - y no rara vez, ni podemos hacer nuestros -, de hombres que no encontraremos jamás, de enfermedades que tanto tememos; en una época, donde hasta el aire es impuro, porque nos lo hemos hecho así, donde los países ricos venden a los hambrientos más armas que alimentos, donde amar se ha hecho más fácil y menos duradero, donde darse a los demás se ha hecho más raro y extraordinario, en un mundo así es posible aún la esperanza. Un mensaje tan chocante, tan inesperado y tan increíble, es lo que tenemos que proclamar los cristianos. Desde los años en que Pablo escribía a sus discípulos, apenas veinte después de la muerte y resurrección de Jesús, los cristianos vivimos esperando al Señor. Y esta esperanza nada ni nadie nos la puede quitar: si el mundo se nos torna más inhóspito, tanto más esperaremos la llegada de nuestro salvador. Si nosotros mismos sentimos profundamente la falta que nos hace Dios, tanto menos nos costará esperarle.

Esta es, precisamente ésta, nuestra tarea en nuestro mundo: vivir sin que él nos agoste la esperanza, vivir sin que el mal ahogue nuestra ilusión. No negamos los creyentes la realidad del mal, pero hemos de negarle que seamos presa suya sin remedio y para siempre. Si creemos que Dios, a pesar de todo - también de nosotros mismos -, no nos abandona, camina hacia nosotros, quiere sernos cercano a nuestros problemas, tendremos valor para soportar nuestra esperanza, recobramos la confianza en nuestro mundo y en nosotros mismos y haremos fidedigna ante los demás nuestra fe. Si nos sentimos amados por Dios, nos sentiremos superiores a la angustia, esperanzados; si nos esforzamos por amar a los demás, por creer algo más en ellos, por quererlos un poco más, no porque lo que son o hacen sino por cuanto Dios es para ellos e hizo por ellos, reencontraremos la esperanza en nosotros y redescubriremos en cada hombre una tarea, la de hacerlo nuestro prójimo. Entonces, sólo entonces, tendremos la certeza de que Dios está viniendo a nosotros: porque nos ha salvado de nuestro egoísmo; y el mundo, nuestro mundo, habrá recobrado la esperanza que le da apreciar en nosotros ese gran cambio. El cambio más urgente y duradero, el que introduce mejores expectativas, no es el trueque de situaciones sociales sino el que acontece en el corazón del hombre, cuando se convierte en prójimo de los hombres. Que nuestro Señor está cercano, esté acercándose, nos ha de hacer cercanos a los que nos necesitan. Ese es el mejor - el único creíble - fruto de nuestra esperanza.

Vivir así la esperanza es la única forma digna, fidedigna, de celebrar el advenimiento de Cristo. Porque creer en la esperanza es crear situaciones de esperanza, es dar razones para que los demás confíen; implica apoyar a quien se está desmoronando a nuestro lado tanto como no atentar contra las ilusiones de los mejor aventurados. ¡Que Dios, cuando vuelva, nos encuentre trabajando por dilatar la esperanza en este mundo!, tan falto de ella!; ¡que, a su retorno, Dios nos encuentre vigilantes, de pié, construyendo ese mundo mejor que todos esperamos!. Sólo así estaremos celebrando, no temiendo - ni sólo recordando -, el advenimiento, la llegada, del Señor a nuestras vidas. Sólo así nos reconocerá como sus siervos, cuando llegue, pues estuvimos en su ausencia haciendo lo que nos mandó, es decir, lo hemos esperando haciendo realidad sus promesas. ¿Habrá modo mejor de ser sus esperanzados siervos?